— Has comprendido bien?
— Sí, jefe.
Se llevaba un fotógrafo con él, un montón de aparatos. No era muy espeso, pero desde el momento en que Guillermo Serre había comprado dos vidrios y no uno, esto no tenía demasiada importancia.
— Llame Amsterdam, por favor...
La criada, al otro extremo del hilo, farfulló alguna cosa y él creyó comprender que la Sra. Oosting no había regresado.
Luego él llamó a su mujer.
— Te molestaría venir a tomar un vaso a la terraza de la Brasserie Dauphine? Tengo que hacer para una cosa o dos. Toma un taxi.
No era una noche desagradable. Estaban tan bien, los dos juntos, como en una terraza de los Grandes Bulevares, salvo que no tenían como panorama más que la grande realeza lívida del Palacio de Justicia.
Debían estar atareados, en la calle del Ferrol. Maigret ordenó que esperaran hasta que se acostaran los Serre. Torrence montaría la guardia delante de la casa para evitar toda sorpresa, mientras que los otros penetraran en el garaje, que no podían ver desde las ventanas, y examinarían meticulosamente el automóvil. Era el trabajo de Moers y del fotógrafo. No olvidarían nada: impresiones digitales, pulverizamiento de polvo y toda la lisa.
— Parece contento.
— No estoy disgustado.
No supo que algunos hombres antes, estaba lejos de sentirse de tan buen humor, y se puso a beber vasito tras vasito, mientras que la señora Maigret se contentaba con tisanas.
La dejó dos veces para ir al despacho a llamar a Amsterdam. A las once y media, solamente, oyó una voz que no era la de la criada, y que le respondió en francés:
— No le comprendo a V. muy bien.
— Luego que la llamo a V. desde París.
— Oh! París!
Tenía un fuerte acento, que por lo demás no era desagradable.
— Lo parece judicial.
— Policía?
— Sí. La telefoneo a propósito de su amiga María V. conoce a María Serre, no, cuyo nombre de soltera es Van Aerts?
— Dónde está?
— No lo sé. Esto es justamente lo que le pido. Ella le escribió a V. a menudo?